

el hijo de su primer matrimonio, Heraclion, envenenó á Constantino, crimen que no pudo prevalecer, por la oposicion del senado y del pueblo, los cuales arrancaron la lengua bárbaramente á Martina y la nariz á su hijo. Un Constante II, hijo de Constantino, revistió la púrpura imperial; y un eclesiástico monotelita la veste del patriarcado. A estas noticias, viendo el obispo de Roma la extension de la herejía por Oriente, lanzó sus excomuniones, que fueron reconocidas y divulgadas por toda la parte occidental de Europa y por todos los obispos del Norte de Africa.

La situacion de guerra entre Roma y Constantinopla no podía ser ya mas tirante. Mientras el patriarca bizantino era monotelita, el Papa romano era ortodoxo, y apoyándose en su ortodoxia y en su predominio natural sobre todas las Iglesias del mundo, lanzaba excomuniones sobre excomuniones á Oriente. Aterrado el Emperador de las consecuencias que podria traer este combate, dió un rescripto semejante en todo al de su abuelo Heraclio, prohibiendo terminantemente hablar, ni en pro ni en contra, de la doble voluntad y de la doble naturaleza de Cristo. En esto llega el virtuoso eclesiástico Martin á la Sede romana, y derogando antiguas usanzas y desconociendo privilegios ya seculares é históricos, niégase á demandar la vénia, para recoger su tiara, al Emperador; ni despues de recogida y puesta en su frente, á esperar la antigua sancion, lo cual ofendió gravemente al patriarcado y al Imperio. Pero no se contentó con esto el Papa Martin, sino que excomulgó á todos los patriarcas orientales, ó por muy herejes ó por poco celosos, y condenó las disposiciones de Heraclio I y de Constante II relativas á la prohibicion de hablar sobre los dogmas en litigio. Esta arrogancia del Pontífice romano exacerbó la cólera del Emperador bizantino, que enviando sus legados á Roma, sin piedad, sin reverencia siquiera apresó á Martin, lo condujo á Oriente, y despues de haberle inferido insultos y agravios y de haberle probado con toda suerte de tormentos, lo envió á morir al destierro.

El Estado predominaba con tanto imperio sobre la Iglesia que en cuanto subia algun Emperador de cierto seso al trono de Constantinopla, remediaba en parte los antiguos y ya recrudescidos males. Así Constantino IV se propuso unir Constantinopla y Roma, Grecia é Italia, Oriente y Occidente en el mismo dogma y precaver los cismas y prevenir las herejías. A este fin citó y

reunió el sexto concilio general, y en el sexto concilio general logró que se condenara la herejía monotelita y que se impusiese esta condenacion á todas las Iglesias del mundo. Algunos patriarcas orientales resistieron hasta el último instante y proclamaron ya la voluntad ya la naturaleza única de Cristo. Pero Constantino los persiguió con saña; y desarraigada primero la herejía por las declaraciones conciliares, fué luego combatida y hasta aniquilada por los rescriptos soberanos y por las fuerzas coercitivas del Imperio. Triste caso que ora en favor ora en contra de la ortodoxia se esgrimiese la espada de los soldados y se emplease la autoridad de los Césares. Pero tal era la barbarie de los tiempos y tan espesa la triste noche que reinaba sobre las conciencias. Las ideas helénicas del dualismo de Cristo, de la naturaleza del Verbo, de la encarnacion del Hijo viéronse terriblemente asaltadas entonces por una reaccion semítica dirigida por cierto guerrero profeta que se llamaba Mahoma, el cual restableció en una parte considerable del género humano la pura y absoluta unidad del Dios de Abraham y la impuso en regiones trabajadas por tantas herejías, valiéndose para ello de sus exaltadas predicaciones y de sus cortantes alfanjes.

No se puede negar; las ideas mas puras y abstractas se modifican profundamente así en la tierra de que se nutren como en la raza que las personifica y que las trasforma. El Cristianismo tiene su fondo propio de absoluta idealidad. Pero esta idealidad absoluta toma varios aspectos segun los sitios, los tiempos, las generaciones. Toda idea es una metafísica y una historia. En lo que tienen de metafísicas las ideas son eternas, en lo que tienen de históricas son cambiantes y contingentes. La sustancia metafísica de la idea debe llamarse el alma que permanece y queda siempre; la parte histórica, el cuerpo, el organismo que se envejece y cambia. En virtud de esta ley el Cristianismo, sin perder la sustancia propia, la esencia metafísica, se trasformaba ó de diversa suerte se revelaba, segun el pueblo y el lugar donde iba, sobre todo en estos tiempos de su primer desarrollo. ¡Cuán cercano á la Sinagoga el judeo-cristianismo naciente y cuán cerca de la Biblia el primer evangelio hebraico! Parece un judaismo ligeramente modificado como la religion de los ebionitas. Da un paso, entra por las tierras menos sujetas á la ortodoxia judía, llega por ejemplo á Samaria; y ya toma, como los cuerpos el reflejo del horizonte,

la magia, natural en aquellas exaltadísimas almas. El cristianismo sirio se diferenciara del cristianismo hebraico, cual se diferencian las variedades de Siria, y la uniformidad casi estéril de la terrosa Palestina. En Judea tenderá el cristianismo primitivo á perderse en la Sinagoga y á confundirse con los judíos, con los adoradores de la unidad; y en Siria tenderá necesariamente á multiplicarse y dividirse en multitud de sectas. Como el dualismo es la metafísica de la guerrera Persia, condenada eternamente á la lucha, y de ahí que las escuelas gnósticas en su teogonía de combatientes se inspiren; la armonía, la síntesis, la recomposición de los opuestos es la metafísica de los griegos; y por eso en Grecia surgirá la idea de la Trinidad y la union hipostática entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dentro de la nueva religion, los caracteres antiguos continúan; y los helenos son los primeros apologistas, es decir, los grandes oradores del Cristianismo; y los alejandrinos, los primeros padres de la Iglesia, es decir, los grandes metafísicos; y los romanos, los primeros canonistas, es decir, los grandes jurisconsultos. Y lo que sucede con la ortodoxia, sucede también con la heterodoxia cristiana. Cada secta tiene el carácter de la tierra donde brota. Simon el Mago se parece á Samaria donde ha predicado; Basíledes á Persia en cuyas ideas contradictorias ha ido á inspirarse; la herejía de Arrio como la herejía de Nestorio tenderá á la unidad oriental y la herejía de Orígenes á la diversidad y á la variedad helénicas; será individualista, independiente, personal como Bretaña la doctrina de Pelagio, y sintética, semi-asiática y semi-africana, como nuestra misma patria, la herejía de Prisciliano. Y dicho esto, y averiguado esto, ya no ha de extrañarnos que en el largo catálogo de las herejías orientales, tropecemos con la herejía de los iconoclastas. El Cristianismo naciente planteábase en oposicion radicalísima con el Paganismo espirante. Así los primeros cristianos cuidaban poco de los templos de piedra y mucho del eterno templo espiritual que cada hombre lleva consigo en su alma. A tal sentimiento Lactancio respondia cuando pintaba la diferencia entre los santuarios marmóreos de los antiguos dioses y los santuarios espirituales del nuevo. Para el Dios cristiano, Dios eminentemente espiritual é invisible, necesitábase una Iglesia, en que no hubiera puesto su manchada mano el hombre; incapaz de ser ahumada por las nubes del incienso; incólume como la inocencia paradisiaca; sin sacrificios

materiales, sin libaciones religiosas, sin aras donde gotee la sangre de las ovejas y de los toros; pues como Dios no tiene hambre, no necesita que le degüellen víctimas, y como no tiene sed no necesita que le ofrezcan licores, y como no tiene ceguera ni tinieblas no necesita que le enciendan cirios, contentándose con tener por lámparas los astros encendidos á su soplo y por templos las inteligencias y los corazones de los hombres. Indudablemente, el carácter universal de la idea cristiana se muestra con solo pararse á contemplar cómo al mismo tiempo que se oponia á todo cuanto en el Cristianismo y en el judaismo no cuadraba completamente á su naturaleza, recogia todo cuanto lo agrandaba, lo fortalecia, lo exaltaba. Imposible que los cristianos recogiesen el materialismo tradicional de los templos idólatras; pero recogian el espiritualismo de la filosofía griega. Imposible que recogieran la liturgia y las supersticiones hebraicas; pero recogian el Dios de los hebreos y la moral promulgada en las alturas del sublime Sinaí. Así el Cristianismo sostuvo estos tres principios, derivados de las antiguas religiones; el culto á las efigies, el culto á las reliquias, el culto á los muertos. No fuera tan universal y tan humano si despreciara el arte. Este desprecio puede sobrecoger á una época, á una raza, á un pueblo, á un tiempo; mas no á toda la humanidad, no á todos los tiempos. Como tendemos á lo infinito, como soñamos con ideales inextinguibles, como queremos que todo amor nuestro sea eterno, necesitamos revestir de formas artísticas y bellas las ideas para aprenderlas y transformarlas, no solamente en la inteligencia pura por medio del raciocinio, sino en el sentimiento también por medio de las inspiraciones del arte, en las cuales nos recreamos como el Creador se recrea en el Universo, su obra. Y si es natural que el sentimiento ame las cosas bellas, y la expresion de la hermosura, es natural también que la memoria guarde con profundo agradecimiento los restos, los recuerdos, las reliquias de aquellos que ó han hecho el bien para todos ó nos han hecho á nosotros particularmente singulares beneficios. Así como el individuo se conmueve á la vista del campanario que recogió sus primeras oraciones, del árbol que prestara sombra á sus infantiles juegos, del sitio consagrado por los suspiros y las miradas de los primeros amores, del sepulcro donde yacen aquellos á quienes debe la vida; las grandes entidades, los pueblos, las Iglesias, las razas aman al poeta que ha exaltado sus

sentimientos con la inspiracion y con el estro, al pintor que ha teñido de espléndidos matices su corona, al profeta que le ha revelado las verdades eternas, al tribuno que ha defendido su libertad y al legislador que le ha dado su derecho, porque necesitando tantas satisfacciones el alma humana, caeríamos mucho mas abajo que las fieras, si no tuviéramos agradecimiento á quien las acorre y sacia. Natural, pues, que la Iglesia católica tuviese el culto de las reliquias y natural tambien que aspirase á la comunicacion estrecha con los muertos. Cuando el tiempo nos arrebatara de nuestro lado á los seres queridos, y se extingue aquel aliento que era como el aire de nuestro espíritu, y se apagan aquellos ojos que nos iluminaban con sus resplandores en las tortuosidades de los caminos de la vida, y se caen rígidos aquellos brazos los cuales nos servian como de apoyo y báculo para sostenernos en los combates del mundo, y callan los latidos del corazon que nos comunicaban tanto sentimiento y los latidos de las sienas que respondian al choque eléctrico de nuestras ideas, cuando la hermosura se torna fealdad, el calor frio, la vida corrupcion, las ilusiones gusanos, el cuerpo esqueleto, la esperanza ceniza, solo nos queda un consuelo, al caer como heridos sobre la fria losa de una sepultura querida, la seguridad de encontrarnos con los muertos en otra vida mejor, donde no tendremos miedo alguno á las separaciones eternas. De consiguiente nada mas natural que el culto funerario. Pero, como quiera que el carácter del cristianismo bizantino, eminentemente imperial, consistió siempre y consiste ahora mismo en el predominio de la autoridad religiosa sobre la autoridad política y del César sobre la Iglesia, era natural, naturalísimo que el Estado, que el cesarismo bizantino, que la autoridad imperial, tratasen de someter el sacerdocio, y para someterlo, de impedir el culto de las reliquias, el culto de las imágenes, el culto de los muertos, tan idóneos todos ellos para acrecentar el influjo y el poderío de los sacerdotes.

Quien personificará eternamente en la historia la oposicion mas completa al culto de las imágenes será Leon el Isaurio. Era este uno de esos Césares orientales, que no aciertan á satisfacerse con la autoridad política y necesitan tambien de una autoridad religiosa. El Oriente europeo estaba de tal suerte preparado á las empresas y á los ensayos de estos hombres funestísimos que aun no se acabara la herejía de los monotelitas, cuando surgiera la herejía de

los iconoclastas. Leon, creyendo que no podría cebarse en los cristianos adoradores de imágenes y reliquias, si antes no se cebaba en los infieles y en los herejes, persiguió cruelmente á los judíos y á los montanistas. Solo á un tirano de Bizancio, y en aquellos oscuros tiempos, puede ocurrírsele el matar las creencias internas del alma con poner encima de los cuerpos los signos materiales de cualquier otra liturgia. Bautizó, pues, por fuerza tanto á los montanistas como á los judíos. Estos se lavaron como pudieron de las manchas caídas sobre sus cuerpos afeados de abominaciones idólatras, pero aquellos, ó mas creyentes ó mas exaltados ó mas resueltos, se reunieron en un punto y se mataron los unos á los otros en medio de las llamas, prefiriendo á la apostasía, siquier fuese forzosa, la muerte voluntaria. Tras estas catástrofes vino la guerra horrible del mahometano Izid, que creyendo de su obligacion aniquilar todas las imágenes, comenzó mil audaces empresas, para destruirlas y aniquilarlas. Por fin Leon dió un decreto, que abolia toda efigie. En cuanto el Papa, Gregorio II, lo supo, al poco tiempo de haberlo promulgado, en el año 726, fulminó sobre el Isaurio la excomunion mayor. A consecuencia de este conflicto, abrióse el combate entre el Papa de Roma y el Emperador de Constantinopla, que debia concluir por irreparable cisma. Leon trató de asesinar á Gregorio; y Gregorio, siguiendo la política tradicional de la Sede pontificia y buscando el formidable apoyo de los francos, derribó por tierra, consumando una revolucion trascendental en Italia, la dominacion de los Emperadores de Oriente. Hay, á no dudarlo, una providencia en el cielo, que distribuye la justicia en la sociedad y en la tierra. El crimen eterno de los Emperadores de Oriente, la tiranía sobre el espíritu y su conciencia, dió de sí la pérdida de su autoridad y de su poder sobre la parte mas hermosa en Europa. Leon, irritado, mandó por pueblos y ciudades á los ejecutores de su terrible sentencia. Se necesita haber pertenecido á una religion, que preste culto á las imágenes, para comprender cómo debian resonar aquellos golpes sacrílegos de destruccion y de ruina en el sentimiento y en la conciencia de los fieles. La mayor parte de los hombres, imposibilitados de elevarse al ideal invisible, descubren á una en las imágenes que han adorado y á cuya munificencia han pedido auxilio en sus trabajos, consuelo en sus penas, fuerza en sus combates, algo de divino. Cuántas veces la esposa del pescador, sorpren-